

BEA CON CARLOS

Carlos Robles

Carlos Salvador Pérez Estévez nace y vive sus años de infancia y adolescencia entre el barrio de La Mancha en Icod de los Vinos y La Guancha, la que luego será su Tíbet mítico y de donde proviene la mayor parte de su familia. Si Canarias y Tenerife gozan de una diversidad social, geográfica y antropológica muchas veces desconcertante, Carlos Salvador concentra esa visión en La Guancha, ese pequeño municipio de apenas 5.000 habitantes situado a las faldas del Teide y frente al Atlántico y cuya toponimia alude a los habitantes prehispánicos del archipiélago. Pueblo de heladas noches de invierno (sobre todo los años de nieves), de atraso centenario provocado por el caciquismo de siglos, atado al campo y los viñedos, pero con una población orgullosa y aferrada a tradiciones y a la lucha por la supervivencia diaria y a cualquier cosa que signifique progreso -no en vano La Guancha fue bastión del Frente Popular, el republicanismo y el socialismo en la isla hasta la guerra civil-, La Guancha sería uno de esos pueblos que Ken Loach retrataría hábilmente con su mirada experta y combatiente. Sus alturas, desde las que se observa el mar, el campo, las agrestes figuras del circo volcánico de Las Cañadas, sus cielos azules, sus brumas densas, componen un paisaje que invita a la mirada perdida, la contemplación sosegada, el contacto con la naturaleza, que Carlos Salvador acoja la idea de concebirla como su Tíbet particular (con esa combinación de aislamiento y distancia) no es, pues, una pirueta gratuita (como nada en su obra). Si toda infancia queda marcada por el entorno en que se desarrolla, este caso no va a ser menos. Ese paisaje invita a la introspección y al disfrute de la naturaleza. Carlos Salvador vivió ahí casi sus primeros 20 años, y nunca dejó de acudir regularmente... de hecho, en parte... nunca se fue.

La familia es para Carlos Salvador, sobre todo en su infancia y adolescencia, un elemento omnipresente y condicionador de su desarrollo personal. La unidad familiar básica compuesta por sus padres: Salvador y Aurora, entrañables maestros nacidos en La Guancha que dieron clase durante muchos años en el vecino barrio de La Mancha, a medio camino entre aquella y el municipio vecino de Icod. Gentes de bien con mayúsculas (dignos personajes de una película de Loach por seguir con el símil fácilmente esclarecedor), educados en el progresismo y socialismo republicano, luchadores, honestos, honrados casi de manera obsesiva, solidarios y amantes de su entorno y los suyos.

Salvador, aparte de maestro curtido desde sus comienzos en la vecina isla de Gran Canaria, es periodista de nacimiento y no "de título", que durante extenuantes años contribuyó a solidificar la parte más seria de lo que hoy entendemos como prensa digna de llamarse así en la isla, propulsor incansable de la cultura en su pueblo a través de las actividades en torno al Casino local, Salvador aparece como esa figura paterna que los pedagogos contemporáneos ansian esbozar en sus inservibles manuales: más que el amigo, más que el confidente-confesor, Salvador es para sus dos hijos el eterno discutidor, la fuente de información, el redactor-jefe de la casa, y eso es mucho, es más que suficiente...

Aurora es más que madre, mujer integral, de esas que construyen en silencio los episodios de mayor entrega y dedicación de la intrahistoria humana, pasajes llenos de compromiso por un concepto absoluto del amor en la existencia. Maestra fuera y dentro del hogar, tampoco amiga, simplemente madre, y eso, también, es más que suficiente...

Luego está Beatriz, la única hermana y la que comparte trágico destino con Carlos, la adorada Bea de Carlos Salvador. Tres años más pequeña que él, Bea es sensibilidad en piel humana, paciente sufridora de las inagotables necesidades de cariño de Carlos, histriónico mimoso, a veces por naturaleza, y otras muchas por simple pose provocadora. Posteriormente licenciada en Psicología, Bea es una de esas personas que dignifican conceptos tan corroidos por la sociedad *new age* como sensibilidad femenina, solidaridad, tolerancia...que alguien tan sensiblemente adorable como Bea esté condenado a morir, y además de una manera abrupta y prematura, confirma la necesidad de creer en un concepto puramente biologicista de la vida: simplemente, no puede existir un dios tan estúpido.

1973 es el año del Watergate, del fin de la guerra de Vietnam, hay golpes en Uruguay y en Chile y el odio visceral a esa infamia la recibe Carlos apenas nacido (sus padres se sorprendieron meses después, al verlo un 21 de noviembre de 1975, con apenas 2 años, intentando pegarle a la pantalla del televisor, disgustado por la continua presencia en ella

durante horas del cadáver de un viejo decrepito al que una multitud acudía a rendir sus respetos). 1973 es el año de la guerra del Yom Kippur, el terrorismo árabe avanza implacable, los griegos votan por la república mientras que en España jura cargo Carrero Blanco para poco después saltar por los aires (ambos contrastes significativos, todo sea dicho de paso), en definitiva, 1973 es uno de esos años, como todos, que te demuestra la razón de Lampedusa y su frase del todo cambia para seguir siendo igual, tan favorita de entre las miles que degustaba nuestro autor. Carlos Salvador nace con el tardofranquismo en proceso de extinción y crece en eso que se ha llamado transición, es decir, vive sus primeros años en una época llena de esperanzas e ilusiones en medio de una sociedad que muta a un ritmo vertiginoso, compleja, pero que se podría definir como una sociedad *que mira al futuro* y, lo que es aún más reseñable, *que tiene esperanza en él*. Carlos Salvador se cría en un ambiente social, político e ideológico que podríamos calificar como *optimista*. Esa visión general positiva, esperanzada y luchadora del estado de las cosas, de la vida en su conjunto, es la que recibe Carlos Salvador niño en su residencia de La Mancha-El Empalme y La Guancha, rodeado de una familia que representa perfectamente el espíritu de esos tiempos (los "ultrasocialistas" como cariñosa e irónicamente los denominaba el propio Carlos).

Hablamos aquí de su familia de manera extensiva, con su abuela Teresa, tíos y tías, primos y primas y los amigos y cercanos, un microcosmos que domina y preside el desarrollo de Carlos durante su infancia y adolescencia. Carlos crece en la tranquilidad armónica del mundo rural guancharo, absorbiendo con deleite las crónicas y andanzas de sus familiares y conocidos. Porque si hay algo en lo que destaca precozmente nuestro autor es en la capacidad de absorción de información, y, sobre todo, en la capacidad de escuchar. La personalidad de Carlos Salvador se define por una tendencia antiegoísta de empatizar con el otro, innata en él y, también, por un carácter curioso y hasta cotilla que luego, con los años, lo hará identificarse con gozo, con las andanzas fisgonas de un Ciorán, por poner un ejemplo. Esa cualidad de buen observador y oyente atento, presagian el escritor en ciernes en el que luego tenderá a convertirse. El deleite que desde pequeño muestra a escuchar la crónica de las andanzas (familiares o no) populares locales (en especial las eróticas de su abuelo Pedro al que tanto envidiaba su donjuanismo), la atenta mirada a los telediarios, o la lectura prácticamente diaria (desde que aprende a leer con cinco años) de los periódicos que traía a casa su padre, reflejan la precocidad de esa capacidad de atención que pocos privilegiados pueden atesorar.

La mirada atrás a esos años en los que Carlos crece junto a sus padres y su hermana, la intromisión en uno de esos instantes de fin de semana en los que jugueteaban en la cama paterna mientras surgían las continuas preguntas y el afán por aprender, o cuando plantaban una semilla en las huertas familiares, la sola intuición de esa foto ya imposible de cuatro personas (padres e hijos) sonrientes bajo el azul de un cielo puro, entre mar y montaña claros, hace pensar que la felicidad es algo que debe parecerse a eso, algo frágil y que emociona y que algunos llegan a disfrutar en su más cristalina sencillez, aunque sólo pueda sobrevivir en forma de recuerdos...

Es en este ambiente de intimidad y armonía familiar donde Carlos Salvador crece y vive sus casi veinte primeros años de vida. Así desarrolla un carácter afable, introvertido, en general, y extrovertido cuando se encontraba en ese ambiente de familia, cercano y protector. Rodeado del amor familiar con mayúsculas, Carlos crece en una especie de burbuja optimista y estable, ese escenario "tibetano" que tanto recuerda con posterioridad, donde la observación, la escucha, el diálogo con familiares y cercanos es la constante. Como estudiante, Carlos Salvador se desenvuelve con soltura y sin demasiados problemas. A ratos brillante, sobre todo en las asignaturas de letras, en especial, la literatura, y con el único problema de su incapacidad de aprehender la lógica matemática. Ese lenguaje que acerca a dios, como años más tarde comentaba con alguno de sus amigos, se le presentaba como un escollo difícil de salvar siempre. Carlos siempre le envidió a su hermana Bea su capacidad para las ecuaciones y fórmulas. Se podría decir que la mente de Carlos nunca buscaba la síntesis directa, la simplificación formularia, lo suyo era la verbalización del acto, con lo que de compleja estructuración lleva aparejado. A poco que desarrolla su inteligencia, Carlos Salvador aparece como un adolescente con una poco usual complejización de su discurso. Como años más tarde le recuerdan sus amigos, el primer contacto con él, hacía recordar al de un ser barroco en su manera de expresarse hacia y con el mundo, lo que no significa que Carlos se perdiera en el complicado entramado de su discurso (algo habitual en estos casos, y sobre todo, en seres aún poco maduros). Carlos ofrecía siempre una coherencia interna por muy complejo que fuera su

discurso para su edad. Eso era causa de elogio entre mayores pero también de cierto aislamiento para con los de su edad, que lo hacían estar relativamente alejado de los círculos habituales de amistades creadas en el ámbito escolar.

*** De la biografía de Carlos Salvador escrita por Carlos Robles en su libro "Dioses para cinco minutos"**